



Foto de Steve Johnson en Unsplash

# C.

CRÓNICA

---

FERNANDO  
AMPUERO

## Noches de bohemia en Lima

Tengo 72 años al momento de escribir esta nota y lo que hoy puedo decir sobre Lima, en tanto territorio de mi infancia y juventud, se reduce a un manojo de recuerdos vívidos y una que otra postal amarillenta. Aquella Lima, ciudad enclavada en un florido valle y que Sebastián Salazar Bondy definió como “una tregua en el desierto”, ya no existe; el desierto ha desaparecido del entorno, tras dar cobijo a las sucesivas olas de migrantes del interior. Y en cuanto a su paisaje de antaño, pleno de “acequias rumorosas”, ha sido también desfigurado por el incremento de barrios de una gran clase media, cada día más dominante. Cuando yo nací, en 1949, la población no llegaba al millón de habitantes —en 2021, es de alrededor de diez millones—, y la impresión que retengo de esos días es la de haber vivido en una ciudad pequeña y simpática, que atesoraba su raigambre virreinal y exhibía con orgullo una lenta pujanza de renovación: el Hotel Bolívar, el Jirón de la Unión, el Paseo Colón, o bien los cinemas, los tranvías, las tiendas elegantes, las heladerías de moda; la moderna escalera mecánica de las Galerías Boza, la única de entonces, era la gloria.

Había, por supuesto, otros escenarios prósperos, lejos del centro de la ciudad: la avenida Salaverry, con sus palacetes cuya vida espléndida ha descrito para siempre Bryce Echenique en *Un mundo para Julius*, y que conducía hacia los distritos de San Isidro y Orrantía del Mar, así como la avenida Arequipa llevaba al sosiego de Miraflores, Barranco y Chorrillos, o la avenida Brasil a Magdalena del Mar. La ciudad abandonaba la vera del río Rímac y, como si buscara paz, se extendía a la costa. El viaje que más me gustaba, sin duda, era el que se hacía en tranvía y nos trasladaba a La Punta, encantador balneario vecino al puerto del Callao. Uno atravesaba enormes llanuras salpicadas de pastizales, y solo veía, en las cercanías de las avenidas Colonial o Argentina, sauces solitarios, establos de vacas, o bien unas pocas fábricas dispersas que en toda urbe surgen en la periferia. No asomaban aún las unidades vecinales, ni más lejos, en el desierto, se establecían las barriadas, término peyorativo que durante el Gobierno militar de Velasco Alvarado fue cambiado por el de pueblo joven.

Vista con indulgencia, la pobreza rondaba en menores proporciones, pero se disimulaba, tal como Julio Ramón Ribeyro nos lo refirió en varios de sus cuentos; y si esto no se podía, los limeños, derrotados, zozobraban en los tugurios. Así las cosas,

Salazar Bondy tomó la posta: se lanzó a husmear en los zaguanes de varias casonas en ruinas a fin de desnudar lo que muchos no querían ver, a la vez que fustigaba la mentalidad limeña emanada de su herencia colonial, y señalaba como subsidiario de esta a Ricardo Palma, cuyas tradiciones la ensalzaban. Acto seguido escribió un ensayo en tono de diatriba, desmitificando la capital del Perú como tierra modélica y promisoría, y, para que no quepan dudas, le puso por título el perentorio denuesto del poeta Cesar Moro: *Lima la horrible* (1964).

Bueno, no era tan horrible, en verdad, pero pronto lo sería.

Lima mantenía todavía una magia secreta: la noche.

La noche de Lima, o al menos la que yo conocí a mediados de los años sesenta, era ideal para cualquier ceremonia de transgresión, habida cuenta de que la ciudad diurna era formal, conformista, mojigata (la gente, educada y circunspecta, vestía a diario saco y corbata, y no se perdía la misa del domingo); o era, si se quiere, la opción más entusiasta para vivir a contracorriente de las convenciones y disfrutar abiertamente de una bohemia satisfecha de sí misma. Chicos y chicas, con ojeras y caras de sueño, paseaban por las calles, donde todo quedaba cerca, los cafés y los bares, los teatros y los cines, las *boîtes* y los billares, e incluso las universidades —San Marcos y la Católica se encontraban a seis cuadras de distancia—, y, en ese tráfago urbano, se confundían con otras tribus de noctámbulos: trovadores, poetas, artistas plásticos, así como el elenco estable de conspiradores, estriptiseras, borrachos y locos sueltos.

(Incidentalmente, la palabra *bohemia* la descubrí a mis siete años, cuando oí por la radio a un virtuoso de la guitarra clásica y pregunté a mi madre si podía conseguirme ese instrumento y un profesor que me diera clases. Dos tías fueron testigos de tal afán. Mirándome preocupadas, ellas no tardaron un instante en dar consejos a mi madre: “Aleja la guitarra de este niño”, le cuchicheó la más adusta. “Después se volverá un bohemio”. Mi madre se llevó un susto y, en definitiva, nunca toqué guitarra).

Por aquella época dicha palabra cumplía en el mundo cien años de francachelas; como primera acepción, evocaba las penurias gitanas, al igual que su alegre vida desordenada, aludiendo a la región de Bohemia, en el país checo; como fenómeno sociológico, protagonizado por escritores y diletantes, describía un estilo insumiso que había irrumpido en París a mitad del siglo XIX, y que recibiría carta de ciudadanía tan pronto apareció *Escenas de la vida bohemia* (1849), obra autobiográfica del parisino Henri Murger, autor consagrado con un busto que se puede ver en el Jardín de Luxemburgo. Los bohemios privilegiaban la cultura antes que cualquier otro menester. Prototipos de aquella conducta fueron Baudelaire, Gautier, Musset, Verlaine y Rimbaud. Y más tarde recalaron otros dueños de la noche: los pintores Toulouse-Lautrec y Amedeo Modigliani.

El primer bohemio que conocí fue Martín Adán. Era un viejo poeta de quien se decía que entraba y salía de manicomios, y que, por lo general, componía versos herméticos y de profundidad filosófica. Enfundado en un roñoso terno oscuro y tocado de sombrero borsalino, solía deambular por las calles del centro con aire distraído. Una tarde, justamente en la esquina de Quilca y Amargura, se detuvo a hojear un libro. Yo iba en compañía de tres estudiantes de La Católica y uno de ellos lo reconoció y saludó con veneración, disculpándose por interrumpir sus pensamientos y dándole el trato de “gran poeta peruano”. Martín Adán miró hacia Quilca, donde al final de la calle un sol rojizo se hundía en el horizonte, y dijo:

—¿Ven ustedes el crepúsculo allá a lo lejos?... Eso es lo que más se me parece —y, llevándose una mano al ala del sombrero, se marchó.

Ya entonces corría la leyenda de que Martín Adán y el poeta *beatnik* Allen Ginsberg se habían reunido en el bar Cordano. La tribu *beatnik*, a criterio de las nuevas hornadas de escritores, parecía obrar como una actualización del vitalismo desbordado y la marginalidad; traía, de hecho, una bohemia que incluía bluyín, autoestop y desesperación.

El espíritu *beatnik* influyó mucho entre los poetas de los setenta, entre ellos Enrique Verástegui, que, después de publicar su excelente *En los extramuros del mundo*, terminó igualmente visitando manicomios. La poesía de Verástegui, junto a la de Watanabe y Sánchez León, mantiene su frescura y trascendencia, y destaca entre las mejores de su generación.

Verástegui, eso sí, no era el único en padecer trastornos. Se hablaba igualmente de otro joven poeta, Guillermo Chirinos Cúneo, cultor del desenfreno y perteneciente a una generación anterior. Su único libro, *Idiota del Apocalipsis* (1967), había impresionado por sus ecos del Conde de Lautréamont y, sobre todo, por el tempestuoso carácter monomaniaco del autor. El poeta Rodolfo Hinostroza, que lo conoció, dio cuenta de un suceso que ya anunciaba su perturbación. Sobre ello, Hinostroza escribió: “César Calvo y Juan Gonzalo Rose, para bajarle los humos a Guillermo, que se sentía un genio, le habían dicho que había un joven poeta mejor que él, que ya iba a regresar de Cuba para destronarlo”, y mencionaron los poemas de *Consejero del lobo* (La Habana, 1964). De modo que cuando Hinostroza llegó al Perú, Guillermo, celoso de su rival, lo buscó. “Y subió a mi piso, y en lugar de sentarse en la silla que le ofrecí, comenzó a dar vueltas por la habitación, husmeándolo todo, como un sabueso, sin decirme nada. De pronto vio mi máquina de escribir dispuesta sobre la mesita y me preguntó: ‘¿Con esta máquina escribes tus poemas?’, y, como yo le respondiera afirmativamente, se acercó a ella, y antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar, la levantó con las dos manos por encima de su cabeza y, con una mirada de loco, la estrelló contra el suelo”.

La nocturnidad de esta bohemia, al igual que la de sus insignes antecesores, pretendía llegar a los límites de la cordura. Pero la mayoría se andaba con cuidado: una cosa era acercarse a la locura y otra quedarse en ella. Lo provechoso, desde luego, era huir de los guiños de Antonin Artaud y buscar más bien un desarreglo divertido, vecino a la irreverencia y el escándalo. A ese respecto, en nuestras concurridas charlas de café, el fantasma de Abraham Valdelomar se desdoblaba y presidía todas las mesas. Sin tan ilustre escritor, que para mayor gloria murió en una eterna juventud, habríamos estado desamparados. Valdelomar, el ingenioso decadente del Palais Concert o el disoluto de los fumaderos de opio, era la antorcha que guiaba nuestros desvelados sueños en las tinieblas.

He oído en esas charlas pilas de anécdotas sobre los poetas del grupo Colónida, o bien del gran César Vallejo y José Carlos Mariátegui, pero también de otros vates que Valdelomar admiraba, como José María Eguren; todos tenían velas encendidas en las mesas de los cafés. ¿Y qué cafés eran estos? Digamos que había para todos los gustos y bolsillos.

Los cafés de mis primeras incursiones fueron de un sofisticado estilo europeo: el Versailles, que quedaba en el portal izquierdo de la plaza San Martín, y el Tívoli, en La Colmena, avenida con pretensiones de bulevar parisino, en las inmediaciones del Grill Bolívar. Sentado a sus mesas, tuve noticias de la “poesía pura” (Jorge Eduardo Eielson, Javier Sologuren) y la “poesía social” (Alejandro Romualdo, Washington Delgado), dos vetas divergentes e igualmente admiradas en nuestra lírica de los cincuenta.

La Colmena, por cierto, la conocía de toda la vida. Yo había estudiado en el colegio La Inmaculada, a una cuadra del Mario, café y *trattoria* que fue el primer local de la ciudad que puso un televisor en su salón, y adonde íbamos a curiosear los alumnos, todos rigurosamente de saco y corbata; el Tívoli, local con grandes ventanales, manteles a cuadros y triangulares ceniceros Cinzano, quedaba un poco más allá.

Luego, movido por el azar, la noche me arrastraba de café en café, o de sótano en sótano, o de antro en antro. El café Dominó, donde veías en las paredes dibujos de Sérvulo Gutiérrez, era frecuentado por pintores, lo mismo que el Viena, sito en Ocoña; el Zela, café y bar, tenía como *habitués* a José María Arguedas y al arpista Pelayo Vallejo; el América y el Bransa reunían a músicos y actores, y el café Edén, al lado del Teatro Segura, a toreros y cantantes de zarzuelas. En cuanto a las cantinas, las más concurridas eran el Munich, el Palermo y el Queirolo, y las más cutres, el Wony, un chifita alicaído, y La Llegada, antro de borrachos y juerguistas. Por contraste, el lugar más elegante era el bar del Hotel Bolívar, famoso por su pisco sour catedral; más tarde, aquel cálido local, colmado de maderas, bronces y cueros, fue destruido para dar paso a un McDonald's.

Los bares y los cafés, a diferencia de la universidad, prometían un circuito paralelo donde se hablaba de ¡libros imprescindibles!, que, si no los habías leído, te volvían merecedor del desprecio. Lectores apasionados de *Cumbres borrascosas* o *Viaje al fin de la noche* dictaban cátedra y, al día siguiente, todos buscaban esas novelas y las devoraban; semanas después estabas apto para opinar y discutir. Y no había pausa: proliferaban los retos. Recuerdo a un esnob que se negaba a hablar con todo aquel que no hubiera leído a Joyce y Proust. Recogido el guante, descubrí entonces un libro genial, *Dublínenses*, y también el *Ulises*, que leí salteándome las partes tediosas. Proust, en cambio, dejó a varios fuera de combate; a mí, lector tenaz, me bastó alcanzar hasta el tercero de los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*, novela sabia y morosa, con más de tres mil páginas, donde conseguí sumirme en el goce de la belleza verbal y los largos bostezos.

(¡Que los cultores de Proust perdonen el sacrilegio!, pero vaya en mi descargo que, en aquella orgía lectora, yo ya disfrutaba las obras diáfanas de Stevenson, Hemingway y Scott Fitzgerald, y, sobre todo, las sombrías y trepidantes novelas negras: McCoy, Cain, Hammett y Chandler).

A esas alturas, naturalmente, conocí a escritores peruanos, tanto de Lima como de provincias. No a todos, claro; a muchos los conocí de oídas, y a otros los vi de lejos. Tomó un tiempo —ya con el pelo largo y la facha desaliñada— cruzar palabras con Julio Ortega, Antonio Cisneros, Luis Hernández y Mirko Lauer, entre otros; y luego, al salir de viaje, visitar a quienes vivían en Europa, con bohemia o sin ella, siguiendo los pasos de Vallejo y de los novelistas americanos de la generación perdida. Vargas Llosa, se decía, era un confeso antibohemio; dosificaba al máximo el rito de irse de copas. Bryce, un bohemio militante. Ribeyro, un bohemio con descanso médico. Mientras tanto, en nuestra aldea, la experiencia foránea daba lustre. Ese criterio, aunado a otro sobre “la ventaja de la distancia para escribir sobre tu país”, generó una polémica entre Julio Cortázar y José María Arguedas, que abatió al peruano y según algunos contribuyó a su suicidio.

Los cafés y bares, en todo caso, no lo eran todo. También había sótanos dedicados a actividades culturales, como el Club de Teatro (bajo el cine Le Paris y frente al Café de París), o sótanos lúbricos: el Tabaris y el Embassy, cuyas sesiones de estriptís y danzas exóticas causaban furor; y hasta existía un humeante sótano existencialista, una cueva de jazz en toda la regla, el Negro Negro, con pianista negro e invidente. Penetrar ahí, luego de leer *La náusea* y *El extranjero*, te otorgaba un aire cosmopolita.

Y, para la jarana criolla, cuándo no, podías acudir al Cercado y, entre otras peñas, aterrizar en el Club Felipe Pinglo Alva, donde vibraban los valeses y las polkitas, y cuyo ambiente era la cundería de La Victoria y Barrios Altos, o al Karamanduka,

bajo la batuta de Piedad de la Jara, donde el “*tout Lima*” se volcaba a una suerte de bohemia chic, que, para Manuel Scorza, constituía la “Capilla Sixtina del criollismo”. El Karamanduka mudaba de sede cuando le subían el alquiler; que se sepa, hubo dos en la avenida Arenales, otro en Wilson, otro en el Mesón de la Plaza de Acho, otro en la Bajada de baños de Barranco y dos más en Miraflores.

La bohemia era pasar la noche en blanco. Ver clarear el día con una copa en la mano y una frase demoledora a flor de labios. Y, también, era un tumulto de jóvenes desconocidos, con expectativas de ser “alguien”: todos narcisos florecientes y dispuestos a vender cara su vanidad, mientras disertaban citando a Bergman y Godard, Balthus y Chagall, Stendhal y Malraux, o mientras forjaban sus ilusiones y se divertían a rabiar. La vida, además, ya empezaba a ser un pretexto para escribir novelas.

En aquel torbellino, den por descontado, yo iba componiendo, noche tras noche, un catálogo de gente peculiar: tipos raros. No necesitaba buscarlos; se te aparecían de pronto, a la vuelta de la esquina. Uno de ellos, a quien conocí en un bonito café vecino al Hotel Crillón, era un personaje enigmático y de aspecto estrafalario, alto de estatura y con una abundante melena engominada, peinada hacia atrás. Se llamaba Coco Sattui. Lucía la piel empolvada, blanca como la nieve, y usaba delineador negro en los bordes de los ojos y un toque de carmín en la boca. Vestía de oscuro y adornaba sus manos con anillos de aguamarinas y rubíes. Era, en efecto, un homosexual desafiante en aquel tiempo de machismo desaforado. De él se decía que solo pisaba la calle de noche, ¡jamás de día! Otros rumores destacaban que era un pianista eximio, devoto de Chopin y Debussy, y que, como los vampiros, se daba baños de luna. Yo estuve una vez sentado a su mesa, invitado por dos de sus acólitos, dos pálidos muchachos tan jóvenes como yo y que parecían como hipnotizados; a lo mejor lo estaban. No los conocía. ¿Y por qué me invitaron? Probablemente, me respondí, porque me hallaba solo, sentado en la barra. De Coco Sattui, en fin, apenas llegué a constatar que podía pasar una hora en silencio, casi sin moverse, y que, si entraba alguien que le disgustaba, le clavaba una mirada diabólica. Cuando me levanté de la mesa, Sattui se movió y secreteó algo al oído de uno de sus acompañantes, el más sonriente y menos parco, y este me dijo:

—Dice Coco que ha sido un placer conocerte.

Otro tipo raro fue Rogelio, un mulato guapo y de ojos verdes, según una amiga del Club de Teatro, que lo conoció de casualidad. Nacido en Panamá, hijo de madre rumbera y padre bongosero, había afincado en Lima hacía cinco años. Este individuo era diurno y nocturno: de mañana, reclutaba a damas con un atractivo fulgor; de tarde, se lo veía ingresar a las *boîtes* de moda. ¿Qué hacía él yendo a las *boîtes* antes de hora? Trabajo de *casting*, se diría hoy. Las mujeres que importunaba, no bien oían sus promesas y recibían honorarios adelantados, tenían la esperanza de arreglar su vida

con un dinero fijo. Una tarde mi amiga señaló una fila de cuatro señoritas aguardando en la puerta del Tabaris; todas llevaban tacones altos y carteras. Minutos después, llegó el mulato, ataviado con zapatos de dos colores y un llamativo saco *sport*; nadie, salvo los cafichos, vestía así. Mi amiga, que ya era íntima de aquel panameño, se enteró al detalle del tejemaneje de su oficio. Primero, preguntaba a las mujeres si eran solteras, luego, si sabían bailar y, por último, si eran capaces de bailar ligeras de ropa ante un público oculto en la penumbra. Unas devolvían el dinero y se largaban, otras titubeaban y se quedaban a dar una probadita.

Pronto las chicas pasaban a la etapa de aprender danzas insinuantes o numeritos eléctricos al estilo de Betty di Roma, Tongolele y Mara la Salvaje. Rogelio, asimismo, era instructor de mambo, maquillador y estilista: transformaba a una chica común en una beldad deslumbrante. Y, además, si se prestaba la ocasión, era consejero sentimental. Varias de las chicas, con las que sostuvo romances, aparecían en las fotografías de los carteles que se ponían en la puerta; ellas se veían y no se reconocían, y eso las tranquilizaba: su identidad no estaba expuesta. Los carteles, de otro lado, las anunciaban como novedades recién venidas al país: “¡Hoy, las chilenitas de la Bim Bam Bum!”, o “Nuevas reinas del Tropicana”.

Un día mi amiga me presentó a Rogelio y nos dimos la mano. El cielo estaba gris y lloviznaba. Fue un encuentro breve, bajo la marquesina del cine Metro; hablamos poco, y nuestra charla versó sobre la garúa de Lima; le intrigaba que no lloviera a chaparrones, como en su país.

No abordé el tema de su empleo en las *boîtes*, desde luego. Hacerlo habría sido impertinente. Poco después, y ya con mi amiga a solas, la interrogué sobre la maña del panameño para seleccionar mujeres.

—¿Cómo sabe que las chicas aceptarán sus condiciones?

—¡Por intuición! —replicó—. ¡Rogelio las tasa en un instante, sin equivocarse! Algunas le dicen no al principio y luego vuelven; entonces él, me explica, procede a mimarlas y hacerlas reír... ¡Y les saca el diablo!

Mucha gente de los sesenta era rara para mí; yo recién descubría el mundo. Sin embargo, comparándola con los personajes actuales, ya nadie me parece extraño. Por nuestras ciudades mundanas —Lima, Cusco, Arequipa—, lo inaudito y extravagante se ha normalizado. Sea como fuere, al evocar aquel profuso surtido de tipos raros, detecto ahora, no sin simpatía, emociones perdurables. Haber conocido a Humareda, por ejemplo, fue toda una experiencia. Aquel pintor puneño, de vehemente trazo expresionista y colores intensos, era un hombre marginal y pensativo que paseaba por las calles del centro, pero siempre abrumado, porque a menudo lo discriminaban; los



restaurantes y hoteles de lujo le cerraban el paso. Vestir de saco y corbata, en su caso, no lo volvía respetable.

Lima, ya se sabe, era una ciudad de blancos, y Humareda, que era un andino greñudo, bajito y rechoncho, la pasaba mal. Solo el gremio del arte y la cultura lo reconocía. ¿Y cómo se las arreglaba? Haciendo de bufón: bromeando o burlándose de sus agresores. Histriónico casi a tiempo completo, Víctor Humareda entraba triunfalmente a los cafés cuando veía amigos suyos en las mesas; entraba con ínfulas de aristócrata e imitaba a los cómicos del cine mudo: saludaba sacándose varias veces el sombrero hongo y luego posaba con un tenso gesto arrogante, socarrón. Aquellas farsas, creo yo, le daban valor, ya fuera para superar su timidez o para criticar a los fatuos, a quienes les dedicaba estentóreas carcajadas.

Así lo conocí yo, y congeniamos enseguida. Luego nos reunimos en diversas ocasiones a tomar el té; era abstemio. Su conversación se daba por estallidos, en bruscas ráfagas. Permanecía callado un rato, sosteniéndose el mentón con una mano, como el pensador de Rodin, e intempestivamente gritaba: “¡Goya! ¡Eso es el arte!”, o “¡Yo recibo a Renoir en mi cuarto y le muestro mis cuadros!”. Tenía el hábito de dibujar a sus amigos (me hizo varios retratos en hojas de cuaderno escolar o servilletas), y sobre todo el hábito de soñar con Marilyn, su fetiche, la única Marilyn del siglo xx que el mundo entero conoce. Y, finalmente, el hábito del delirio. Una tarde, en que por alguna de sus pueriles fantasías subimos a un bote, de aquellos que había en la laguna del Parque de la Exposición, nos tomaron una foto, que, dicho sea de paso, encontré hace poco. Yo sostengo los remos y miro hacia el lente; él, temeroso, imagina que “soplan vientos huracanados”.

Humareda vivía en un hotel de La Parada, en un cuarto que fungía de morada y taller. Murió de un cáncer a la laringe que en sus últimos meses de vida lo dejó mudo.

El más simpático y culto de los raros —un erudito que tenía todas las respuestas y que se lo había leído todo y en varias lenguas— era un sujeto fornido, rubio y de ojos azules, ataviado como un lord: traje príncipe de Gales, con chaleco y reloj de bolsillo, y, entre los complementos, un pesado encendedor Dunhill y un maletín negro, el mismo que habíamos visto en las películas de James Bond. Diré solo su nombre: Gino. En el ambiente de diarios y revistas era sumamente apreciado: conseguía avisos publicitarios a raudales; ganaba muy bien y viajaba a menudo. A veces, al retornar de un largo viaje, aparecía con un sombrero tirolés, de plumita; otras, con libros en el maletín. Esos libros no se hallaban en las librerías peruanas, y él, con lucidez, con gracia, ¡con inestimable generosidad!, comentaba la sabiduría que contenían. En el café Tívoli, que era su favorito, bebía la gloriosa pócima del barman Fosco Scarselli, cuyo ideólogo fuera el conde Camillo Negroni: un cóctel que, nos decía, “está hecho a mi medida”. Un

tiempo después, alguien reveló que Gino viajaba, sí, pero esta no era la única razón que explicara su ausencia de meses. También se internaba en clínicas de desintoxicación, y ahí, al parecer, leía mucho; su familia lo internaba. Era, en concreto, un alcohólico que vencía su adicción a fuerza de una tremenda voluntad, pero que, lamentablemente, cuando caía en tentación, se iba de corrido y desaparecía por varias semanas, no paraba de beber. Y luego aseveraban que, cada vez que lo encontraban, se hallaba en andrajos y rodeado de vagabundos, bajo los puentes del río Rímac.

El Gino que yo conocí mejor fue el de sus ciclos de seca: solo tomaba café, y era una fiesta de humor y elocuencia. Pero otros amigos no estaban de acuerdo: argüían que el trago lo hacía más brillante. A la postre, los rumores lo situaron en Europa, curándose en clínicas suizas. Hasta que, pasados seis meses, llegó una noticia terrible y divertida; nos la dio un amigo de La Prensa: Gino estaba detenido por estafador en una delegación policial de Madrid. El cable de agencia lo describía como un “distinguido ítalo-peruano”. Y su acusador, un mesero de gran hotel, aducía que Gino le había dejado de propina un cheque de diez mil dólares. (Cinco veces fue aquella alma crédula a recoger el dinero, pero el empleado del banco, con voz neutra, repetía que la cuenta no tenía fondos). En su defensa, Gino declaró: “Ese cheque no era para cobrarlo, sino para ponerle marco”.

La noche idealiza a la ciudad, sin duda; las luces la embellecen, las sombras ocultan piadosamente sus miserias, y los personajes, si hay suerte, crecen favorecidos por la magia del claroscuro. Lima, ciudad de neblinas y misterios, de tertulias y amistades frágiles o duraderas, o de gente que nos encanta y desencanta en minutos, brillaba al compás de esa magia.

Caminar de noche por la plaza San Martín, enfriada con una ligera bruma que hacía tiritar, permitía entonces que viéramos escenas insólitas. Una vez, al dar las tres de la madrugada, hora en que la plaza estaba casi desierta y humedecida por el rocío, contemplé a un típico vendedor: el emolientero. Se apareció empujando una carretilla techada con lona impermeable y dejando tras de sí un vapor aromático de hierbas levemente maceradas en agua hervida. Sus clientes, de solapas levantadas, eran taxistas y trabajadores nocturnos de camino a sus casas, pero asimismo bohemios lívidos y, según el diario *Última hora*, “gente de malvivir”.

Una vez instalada la carretilla, me sumé a la clientela; pedí el vaso de emoliente y deseché la oferta de un apanado transparente. Y, estando en esas, llegó de pronto una extraña compañía: una bella y joven señora, de estola de piel y otras galas, que fumaba con larga boquilla; solicitó también el caliente bebedizo y le hizo una seña a su chofer, que la custodiaba desde el auto, estacionado a corta distancia. Probablemente, ella había salido de uno de los pocos bares aún abiertos, acaso el Bolívar, o el Negro Negro, y su presencia, por decir lo menos, creaba una atmósfera irreal.

La gente se inquieta ante lo inusitado; a menudo experimenta una sensación de peligro, como si acecharan monstruos invisibles. Pero esa vez solo nos sorprendió un bullicio, y de improviso quedó claro que los monstruos estaban a la vista y eran los responsables del griterío. Dos hombres rudos se habían trabado en una pelea callejera: patadas, puñetes, cabezazos. Discutían por cuestiones políticas, a juzgar por el calibre de las injurias. Uno gritaba: “¡Oportunista de mierda! ¡Te paga la oligarquía!”, y el otro rebatía: “Y tú, búfalo aprista, ¡eres un matón a sueldo!”.

La mayoría apenas se volvió a mirar, esto es, nadie se alejó de la carretilla, a excepción de la joven y misteriosa señora. Expeliendo humo como un dragón, ella, decidida, avanzó con rápidos pasos para mirar de cerca e, increíblemente, se lanzó a azuzar a uno de los contendientes.

—¡En los huevos! —gritó, utilizando la boquilla de puntero—. ¡Patéalo en los huevos!

¿A quién de los dos apoyaba? ¿Y por qué? Nunca lo supe. La pelea terminó cuando llegaron colegas de los implicados y los separaron.

La mujer, resoplando, se largó molesta y sin tomar su emoliente. Ni siquiera dio un vistazo por la ventanilla cuando el auto echó a rodar.

Consigno esto porque un mes después volví a ver a esa mujer. Fue, por añadidura, en el mismísimo Negro Negro. Sentada a una mesa medio escondida, conversaba con dos damas tan emperifolladas como ella. Y, dado que yo había caído ahí con *habitués* de aquel mítico sótano, pregunté si sabían quién era; no tenían idea, aunque uno, al hacer memoria, dijo que la había visto antes y en un concurso en vivo de artistas abstractos.

—¿Un concurso en vivo? —me extrañé.

—Sí —contestó—. Pusieron diez caballetes con lienzos blanquísimos en esta pista de baile, y los artistas, todos muy jóvenes, debían pintar una obra en veinte minutos exactos. Luego un jurado de supuestos conocedores evaluaría los trabajos y premiaría al ganador. Fue algo inesperado.

—¿Y ella participó?

—No, en absoluto. Ella era una simple espectadora, pero de las que aplauden con fervor. ¡No se imaginan cómo festejó al ganador! ¡Ese chico ganó por aclamación! A mí, y a todos los presentes, nos entusiasmó de veras, tal vez porque plasmó su obra apelando a un efecto teatral...

La obra, aclaró enseguida, no era ni mejor ni peor que las de sus rivales; lo diferente sería su realización. Al darse la largada, por decirlo de alguna manera, todos los concursantes se dispusieron a pintar con febril celeridad, salvo uno, el que terminó

ganando. ¿Y qué hizo él? Permaneció inmóvil ante su lienzo vacío por quince minutos, y luego, con serenidad, fue destapando lentamente ocho pomitos de *gouache*. Por último, al tomar un trago de cada pomito, comenzó a escupir colores diferentes, y el lienzo se llenó de manchas chorreantes que felizmente se entremezclaban. (No creo que por entonces se tuviera noticias en Lima del pintor expresionista abstracto Jackson Pollock o de los chorreos del *action painting*).

El testigo de aquel concurso, quien narraba tan curioso episodio, añadió que había un señor mayor entre el público. Y que este se reía a mandíbula batiente y comentaba: “Mi hijo de cinco años pinta igual”.

En cuanto a la mujer de dos caras, la irascible y la celebratoria, sigue tal cual en mi memoria, alojada y preservada por su halo de misterio.

La bohemia es una forma de expansión. Algunos la odian, es cierto, ya que no beneficia a todos por igual. De la multitud de bohemios, solo pocos sobreviven como escritores o artistas; los demás naufragan. El secreto para salvarse consiste en tomar la bohemia como una segunda educación, una escuela libre. Con ello quiero decir que, fuera de las mesas llenas de botellas de cerveza o las pullas entre unos y otros, lo esencial, me parece, es la tertulia, las conversaciones que te iluminan, el éter original de los viejos bohemios: la palabra clara y bella, sin pirotecnia, sin trampa.

Tengo decenas de ejemplos fascinantes de tales conversaciones, pero doy fin a esta nota con el más sencillo y tal vez el más hermoso. En 1969, en una mesa de “adictos” al cine club, el tema que desmenuzábamos era *Isadora*, la gran película de Karel Reisz basada en la fundadora de la danza moderna, Isadora Duncan, interpretada por Vanessa Redgrave. Se habló, por supuesto, de *Mi vida*, su autobiografía; de sus notables parejas: Gordon Craig, Serguéi Esenin, Paris Singer; de su tragedia familiar: el accidente de sus dos pequeños hijos, que murieron ahogados en el Sena. Y, ni qué decir tengo, de su propia tragedia: murió en Niza, ahorcada con su larga bufanda de seda; iba en un descapotable y una punta de la bufanda se enganchó en los rayos de una de las ruedas traseras y la mató al instante.

Parecía que lo habíamos dicho todo. No era así.

Uno de aquellos “adictos”, cuyo padre, al parecer, era catedrático de Literatura, nos desengañó. “¡Mañana les traeré una sorpresa!”, dijo. “¡A este mismo café y a la misma hora”. Y lo que trajo —lo estoy viendo— nos dejó maravillados. Mostró un ángulo colateral: un ejemplar de la revista *Mundial*, publicada en 1927, con un texto firmado por César Vallejo. Nuestro poeta había escrito una sentida crónica sobre los funerales de la bailarina, donde empezaba vislumbrando la cremación de sus restos: “Mientras

cuarenta mil unidades de la Legión Americana desfilan del Arco del Triunfo al Hôtel de Ville, están a estas horas quemando en el cementerio del Père Lachaise las últimas falanges y los postreros carpos del cuerpo, mediano y regular, de Isadora Duncan". Y, hacia el final, concluía con solemne admiración: "Bailó por primera vez lo que antes se creyó que no eraailable...Yo la vi en su último recital del Teatro Mogador, en julio de este año, bailar —con ya moribundo brillo— la *Sinfonía Inconclusa* de Schubert y *Tannhäuser*... La tierra retiene para siempre el latido de sus pies desnudos, que ritman el latido de su corazón".

Miraflores, 16 de julio del 2021